

tió para Acaponetta y Atztatlán; pero antes de pasar adelante, será bien decir de la guerra que tuvieron aquellos indios entre sí, antes que Nuño de Guzmán llegase al pueblo de Atztatlán.

## CAPÍTULO XL.

En que se trata de las guerras que tuvieron entre sí los indios de Atztatlán, antes que Nuño de Guzmán llegase á aquel pueblo.

Año de  
1531.

Antes que Nuño de Guzmán llegase al pueblo de Atztatlán, tuvieron grandes guerras los indios entre sí, porque hubo entre ellos tres indios, muy valientes guerreros, que capitaneaban á los otros indios, y eran como sus señores: el uno se llamaba Geicame, otro, Amacame, y otro Amocuayh, y no pudieron prevalecer contra ellos, así por ser valientes, como por el mucho gentío que había, por ser el pueblo muy grande, que llegaba hasta debajo del cerro, y así nadie pudo prevalecer contra ellos; antes murieron muchos de los indios contrarios y los de Tepetlán, porque tenían un género de flechas que las llamaban poc-tlemil, que aunque no hiriese á la persona, con sólo que la tocase, al punto moría; y se huyeron á un pueblo que se llamaba Tepix, junto á un río grande, y habiéndole pasado, llegaron á otro pueblo que llamaban Itzomareth, con quien tuvieron guerra y vencieron á los naturales de él, y procuraron dar guerra á muchos pueblos por muchas veces, y los caciques de Tzenticpac hicieron lo mismo, y nunca pudieron prevalecer.

Viendo esto los capitanes Amacame, XEICAME y Amocuayh, comunicaron entre sí lo que debían hacer, y viendo que no podían prevalecer contra sus enemigos, dijeron que no ha-

laban otro camino mejor que llamar en su ayuda y socorro á un gran cacique llamado Tepachina, prometiéndole que le harían señor de lo que ganasen, y habiendo hablado á Tepachina en esta razón, vino en ello, y todos juntos con los de Tepetlán, hicieron un poderoso ejército, congregándose en un puerto llamado Metlachigualoya, y luego pasaron el río, y llegaron á un llano llamado Huycaichena, á donde están dos cerros redondos, y allí pelearon y vencieron á los de Huycaichena, y dijo Tepachina: "peleemos con todos éstos, lleguemos á donde está el otro cerro pequeño, porque sólo vengo aquí á darles la muerte, y aunque yo muera, no por eso se ha de abrir la tierra ni ha de faltar el sol," y luego entraron á donde había un gran paredón, y habiéndole pasado, estaba un llano llamado Tepilmeinicpac, y de allí se retiraron á donde estaba el paredón, y comenzaron á pelear, y cercaron muchos pueblos á Tepachina, y le flecharon, y viéndose herido, habló á los suyos, y les dijo: "Ya Dios ha sido servido que yo muera de esta herida; lo que os pido es que cuideis de esta tierra, y que procureis acordaros de los trabajos que habeis padecido en ella, y siempre la tengais por vuestra, y idos con Dios." El se quedó en el llano de Huycaichena, y los suyos cargaron con él y le llevaron á Geme, á donde había un ídolo que tenían por dios, y se lo ofrecieron poniéndoselo delante, y habiendo muerto, guardaron su cuerpo y la cabeza por ser gran cacique, y aunque no pudieron vencer á los de Atztatlán, después de muerto Tepachina, trataron otra vez de ir á dar guerra al otro pueblo, y para eso se valieron del cacique de Tzenticpac, que llevó infinita gente consigo; y no pudieron, aunque lo intentaron muchas veces, hacer cosa alguna. Poco tiempo después de esto, llegó Nuño de Guzmán á Tzenticpac, y sucedió todo lo que queda referido en el capítulo pasado, y trató después de ir á Acaponetta y al dicho pueblo de Atztatlán, como se verá en el capítulo siguiente.

## CAPITULO XLI.

De la entrada de Guzmán en Acaponetta y su valle, y en Atztatlán, y lo que le sucedió.

Año de  
1531.

Ya queda dicho de tres hijos que tenía el cacique Ocelotl, que el uno se llamó Coatl, el otro Tuili y el otro Cocolixicotl, y no se hizo mención de otro, que era el mayor, y se llamaba Tlamatsolen, que quiere decir sapo. Salió, pues, Nuño de Guzmán del pueblo de Tzenticpac á los fines del mes de mayo del año 1531 para Acaponetta y Atztatlán, y llevó consigo á los dos hijos de Ocelotl, que fueron Cocolixicotl y Juile, y habiéndole acompañado el padre con el otro hijo una jornada ó dos, se volvió á Tzenticpac, y á los dos meses después de vuelto, murió, y quedó gobernando en su lugar su hijo mayor Tlamatzolen.

Fué caminando Nuño de Guzmán, y habiendo llegado á Acaponetta y Atztatlán, vieron aquellas hermosísimas poblaciones junto á los ríos que llegaban junto á la mar y sierra, muy lleno todo de pueblos, así lo llano como la sierra. Gobernaba en esta ocasión á Atztatlán, Corinca, que después que se bautizó se llamó Don Luis (y había otro principal que se llamaba Xatame), y habiendo llegado á un arroyo, se detuvo, porque iba grande y no podía pasar; pero así que bajó el agua, pasó el arroyo y comenzó á dar guerra á fuego y sangre á los indios de Atztatlán de tal manera, que le dejó casi acabado, porque había tantos cuerpos muertos, que cubrían la tierra, y habiendo hecho esto, pasó el Río Grande, y paró en un pueblo llamado Comitl, y allí le salieron los indios de los llanos muy de paz, y un grande escuadrón de más de diez mil indios muy galanes con mucha plumería, embijados con bezotes negros de palmas, y llegado al gobernador el cacique, se le arrodilló y le dijo

fuese bien venido, que se holgaban de su buena llegada; pero que lo que se temían era si habían de hacer con ellos lo que hicieron con los de Tzenticpac, que los habían destruido y asolado, y que no siendo así, les darían tierras y mujeres para que viviesen allí con ellos para guerrear á los serranos, que eran sus enemigos, y que bien habían visto quienes eran, pues les salieron de guerra al camino, aunque por ser áspera la sierra, no hicieron caso de ellos.

Oído por Guzmán lo que el Sr. de Atztatlán le dijo, le abrazó y prometió que no serían maltratados, y yendo caminando por Atztatlán, fué tanto el baile y los boscajes de caza que le pusieron, así indios como indias y niños cantando á su modo, que fué muy de ver, y no parece sino que fué despedida de su acabamiento, como después se dirá. A la entrada de la casa del cacique y señor, tenían dos tigres mansos atados hermosísimos, y teníanlos cebados con un caimán atado á un árbol, y así como llegó el gobernador, soltaron los tigres y el caimán, y hubo entre ellos una batalla y pelea muy vistosa, y al cabo el más fuerte de aquellos dos tigres, saltó encima del caimán y le comenzó á comer, y estando forcejeando, el otro tigre dió una marotada al caimán en la cabeza, que se la partió como quien corta un nabo. Habiendo pasado esto y estando en las casas del cacique, mandó dar de comer al gobernador y su campo todo lo necesario en abundancia, y el gobernador hizo tuviesen cuenta los capitanes con los indios amigos para que no hiciesen de las suyas, porque sería asolarlo todo, y así se procuró poner remedio con mucha cuenta y razón; y luego el gobernador Nuño de Guzmán, mandó correr la tierra hasta la mar, y hallaron gran suma de indios y muchas poblaciones, y también mandó correr la sierra, y se mostraron los serranos más ásperos; pero con todo eso, vinieron de paz, aunque no tan buena gente como la de lo llano. Luego le llegó nueva como, acabado de salir de Tzenticpac, bajaron los indios de la sierra y diéron sobre él, y como lo hallaron destrozado de los indios amigos, pocos bastaron para abrasarle y acabar su grandeza. Llegada esta nueva, le dió mucha pena al gobernador, y quiso acudir al re-

paro, y no pudo, porque comenzaban á entrar las aguas, y era por el mes de junio de aquel año de 1531, y luego sucedió lo que se dirá en el capítulo siguiente.

## CAPITULO XLII.

En que se trata del castigo que envió Dios sobre el campo de Nuño de Guzmán, por sus crueldades y de los suyos.

Año de 1531. Estando el campo de Nuño de Guzmán alojado y tendido por las orillas del río de Atztatlán, todos en sus tiendas y alojamientos, llovió tanto que salieron, no solo aquel río, sino todos de madre, de tal manera que parecía un diluvio, y se llevó todo el campo del ejército, y el gobernador se escapó y alguna gente con él, en algunos altosanos pequeños y en árboles, y fué tanta el agua que anegó aquellos campos, que en más de dos leguas á la redonda, no se veía tierra, sino un mar que se incorporaba con el mar salado, ni se veían sino árboles y encima de ellos encaramados indios amigos y enemigos, sin que tuviesen cosa que comer ni vestir, si no era algún maíz que llevaba el agua, y eso lo cojían con mantillas y redes. Ahogóse más de la tercia parte de los indios amigos, sin indias y chusma; duró seis días, y fué tanta el hambre que hubo, porque no hallaban que comer, que morían muchos, y Guzmán estaba muy afligido, considerando la mala orden que había traído y lo mal que habían hecho en asolar los pueblos, que eran los que le habían de sustentar y librar de cualquier trabajo. Reparaba en que Tzenticpac estaba destruido y acabado, no solo por los enemigos de la sierra, sino de sus mismos soldados, y con esta pena y aflicción, con mucho trabajo para no perecer del todo, se salie-

ron á unas lomas, y puestos en ellas, VIERONSE libres del diluvio aunque no del hambre, que fué grande, porque de la sierra no tenían remedio, porque estaba remota y de guerra, y el tiempo hacía tal de aguas, y mucho calor, y la tierra muy cenagosa. Después de estos trabajos, le vino otro, para acabar con todo, y fué que así que pasó el diluvio, parecieron tanta cantidad de sapos y sabandijas, que tuvieron este por mayor trabajo que el del diluvio, porque con el hambre que tenían, dieron en comer de ellas, y les sobrevino una tan grande pestilencia de cámaras de sangre, que así murieron todos los indios amigos del campo, porque de veinte mil que eran, no quedaron sino muy pocos; y aquí murió el capitán principal de los indios mexicanos amigos que Nuño de Guzmán llevaba consigo, llamado Motctzomatzin; y en el diluvio se ahogaron muchos señores y principales también de los mexicanos, uno de los cuales se llamaba Quechotilpantzin, otro Cahuitzin, otro Tencacaltzin y otro llamado Choltzin, en el puesto llamado Comitl. Era tanta la necesidad que pasaban los españoles, capitanes y gobernador, que entendieron acabar con las vidas, y de las armas no les quedó cota ni coracina, porque por no poderlas traer con el calor y con el mucho orín que habían creado con las aguas, unas colgaban de los árboles, y otros arrojaban, quedando todo arruinado y acabados así los conquistados como los conquistadores, y destruidos los pueblos. Aquí se puede considerar cuán afligido se vió el pobre gobernador (que lo tenía muy bien merecido), porque es cierto que sintió mucho ver tal pérdida y destrucción, y así comenzó de allí adelante á mudar condición y á agradar á enemigos y á conservar amigos, que ya no había gravidades, y con su aflicción, apesaradísimo de no haber tenido mejor orden, se le juntaba el sentimiento que S. M. había de tener y que algún día había de dar cuenta de todo; y estando en esto y todos arruinados, que no sabían que hacerse ni por donde salir, y padeciendo, el buen capitán Cristóbal de Oñate, viendo tan caído al gobernador y á muchos de los soldados desanimados, como hombre valeroso de pecho y ánimo, con otros capitanes fueron al gobernador y le dijeron: "Señor

Gobernador, V. S. se anime, que para estos tiempos es el valor, y cuando corre mala fortuna; confórmese V. S. con Dios, y advierta que eso no sólo va por V. S., sino por todos, que remedio ha de haber para que no perezamos. Alojémonos en parte segura, donde no haya tanta agua, y repárese lo que hay del campo, y no acabemos sin buscar remedio; esperemos hasta San Francisco, que será el fin de tantas aguas;" y habiendo dicho esto, mandó Nuño de Guzmán pasar lo que había quedado del campo á Acaponetta, y hicieron casas y ranchos, donde estuvieron hasta el día de San Francisco; y estando allí, acudía gente de los alrededores, y de los que vivían orillados al río, y les traían maiz y pescado, y aun de la sierra les traían maiz y aves, que con ser bárbaros, viendo sus necesidades y pérdidas del campo, se condolían de ellos, y los socorrían; y así pasaron y les sobraron hartos bastimentos, cuando por necesidad entendieron rendir el espíritu, socorriéndolos Nuestro Señor como padre de misericordia, enviando tras la llaga la medicina, porque no olvida á nadie. Murieron en este diluvio más de treinta mil indios amigos y enemigos. Luego ordenó Nuño de Guzmán enviar á pedir socorro para poder salir de allí, como se dirá en el capítulo siguiente.

### CAPITULO XLIII.

Como Nuño de Guzmán estando en Acaponetta, envió á pedir socorro para poder salir y ir adelante

Año de  
1531.

Habiendo pasado las aguas el gobernador Guzmán en el pueblo de Acaponetta con todos sus capitanes, trató de enviar por socorro á las provincias más cercanas, y por algún regalo á

México, y para esto despacharon al alguacil mayor Juan Sánchez de Olea á la provincia de Avalos y á otras partes, y luego hizo visitar el campo, y halló que todos estaban sin armas, y sin lo necesario para la guerra, para lo cual se buscaron mantas de algodón, de que hicieron armas, y se reformaron de lo necesario. Envió el gobernador á buscar bastimentos á la sierra, y los indios trajeron maiz, y había gran suma de bastimentos. Envió otros capitanes hasta el río y costa de Chiametla á ver toda aquella tierra, y cada día le traían nuevas de la tierra adentro hacia Culiacán; y ya reformados y con alguna gente de servicio que se les llegaba con los pocos de los amigos que les quedaron, ya parecía que se olvidaban del pasado, y estando las cosas en este punto, llegaron los mensajeros que el gobernador había enviado á pedir socorro, y habiéndolo oído los oidores que gobernaban por Nuño de Guzmán en la Audiencia de México, mandaron dar todo el socorro necesario, y que se sacasen de la provincia de Colima y de su comarca, seis mil amigos, y así se sacaron con sus capitanes á Juan Sánchez de Olea, Alguacil mayor 'del Campo, que los llevó con otros muchos que salieron de las provincias de Avalo, Tzapotitlán, Tlaxomulco y Tonalán, y asimismo llevó de México todo lo que fué necesario para el campo, de vestidos y regalos. Y habiendo llegado el socorro á Acaponetta, fué bien recibido, y quedaron muy agradecidos á los que lo enviaron. Y luego mandó el gobernador que los indios amigos nuevamente venidos, fuesen bien tratados, y así se hizo, porque los tenían sobre los ojos, siendo causa la pérdida del diluvio pasado, para estimarlos en mucho. Hízose lista de los amigos, y hallóse haber casi ocho mil indios con ellos y otros que se llegaban de los nuevos, y parecía que no faltaba cosa; y estando ya reformado el campo, y viendo que había pueblos de los que escaparon del diluvio, y que ya parecía gente, mandó llamar á todos los caciques del Río y Valle para verlos, y venidos fué tanta la gente que los acompañó, que se admiraron todos los que lo vieron, porque tenían entendido que los había acabado el diluvio; y habiéndolos visto Nuño de Guzmán, les habló diciendo que se con-

gregasen y estuviesen quietos, que les prometía toda paz, y luego tomó posesión del río y costa por S. M., y hecho esto, dijo á los caciques que él iba á Culiacán y á su costa, que presto volvería, y los despidió; con que se fueron los indios caciques á sus pueblos. Acabado esto, acordó Nuño de Guzmán salir de aquella tierra que le tenía muy lastimado, por verla tan acabada y perdida, y llamó á sus capitanes, y les dijo se pusiesen en orden para hacer su viaje, y así salieron con mucho contento dejando á Acaponetta muy poblada de indios y pacífica, y cogieron el camino de Chiametla y río del Espíritu Santo, con su campo nuevo.

#### CAPITULO XLIV.

De cómo Nuño de Guzmán llegó á los ríos de Chiametla y Culiacán, y lo que le sucedió, y cómo de Chiametla envió á pedir más oro y plata á Cristóbal de Oñate, y habiendo vuelto con ella, soltó al cacique D. Cristóbal.

Año de  
1531.

Así que puso Nuño de Guzmán en orden las cosas de aquellas poblaciones de Atztatlán y Acaponetta, alistó su campo, y halló que no faltaba ninguno de los españoles, y que todos tenían muy buenas armas de algodón, y estaban apercebidos con mucho matalotaje y talegas, y les mandó que arrojasen las cotas, porque estaban pasadas de orín, y luego mandó hacer lista de los indios amigos, y halló ocho mil, mucho mejor gente que la que había sacado de México, porque era más doméstica, por ser de las provincias confinantes á la Galicia, y hecha lista, dióles los capitanes indios y españoles que los gobernasen para que no hiciesen daños ni incendios, como se habían hecho hasta allí,

que fueron grandes los daños á los principios, y iba ya escarmentado. Y puesto todo en orden de guerra, partió para el valle de Chiametla, y aquel día fué á dormir á las Peñuelas, que se llamaron después de D. Pedro de Tovar, y estando allí, le salió á ver infinita gente, y á saber qué gente era la nueva que iba á sus tierras, todos de paz. Otro día salió de allí para Chiametla y su río, y en el llano que dicen de las Vacas, les salieron muchos indios, todos á punto de guerra, á defender la entrada, y hubo algunas escaramuzas y los de á caballo rompieron muchos escuadrones de enemigos, los cuales habiendo visto el estrago y velocidad de los caballos, dejaron las armas, y los más principales de ellos se vinieron al gobernador pidiendo paz y perdón de la facción, y dijeron que lo habían hecho por saber qué cosa eran aquellos animales ó venados en que venían, que ya los habían visto y probado, que conocían eran fuertes y valientes, y que no querían probar las armas con ellos, y que se querían dar por sus amigos y los reconocerían; que les rogaban no entrasen en su pueblo de Chiametla hasta otro día, porque le querían recibir como tan gran señor merecía. El gobernador Nuño de Guzmán estimó mucho sus ofrecimientos y en señal de agradecimiento, le dió una pluma española que quitó de su celada, y se la puso al capitán de los enemigos, que serían más de diez mil, y con esto se fueron.

El gobernador Guzmán se alojó aquel día y noche en el charco de los Caimanes, dos leguas del pueblo de Chiametla, y toda la noche estuvieron en vela, porque eran tantos los fuegos y lumbreras que hicieron los enemigos, así en la sierra como hacia la mar, que parecía de día, y al amanecer salió un escuadrón de entre unos árboles á ver qué orden tenía el campo, el cual en un instante se puso en armas, y los enemigos muy emplumados de garzotas y plumas de papagayos, que parecían como flores por Mayo, todos con sus armas de arcos, tan grandes que parecían turquescos, lanzas y dardos de brasil, se asentaron todos sin alterarse. Estando así, que serían dos mil enemigos, los nuestros les hicieron seña de paz, y ellos respondieron con las mismas, arrojando un dardo que le clavaron en